

EL DINAMISMO VITAL EN LA CONSTRUCCIÓN DEL BIEN HUMANO
PONENCIA PARA II TALLER LATINOAMERICANO, 13-14 DE JUNIO DE 2013
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, DISTRITO FEDERAL

© COPYRIGHT JORGE A. ZUREK L., OCD

La presente ponencia explora los aspectos básicos de la noción del bien humano. Lo hace principalmente a partir del pensamiento del filósofo-teólogo Bernard Lonergan, pues comparte la misma intención de Lonergan de ofrecer una teología a la altura de los tiempos y que responda a la realidad concreta en que vivimos. Intento en esta ponencia ofrecer una serie de variables que son los componentes del bien humano, que sirven en el ámbito interdisciplinario como herramientas de tipos ideales para describir y explicar situaciones concretas.

1. La noción general del bien humano

La teología está implicada en los avatares de la historia humana, y, para acceder a esta realidad histórica, requiere de un diálogo con las otras disciplinas científicas y humanas con el fin de tratar de comprender el mundo y contribuir a la construcción de un mundo mejor. La teología necesita apropiarse razonablemente de los resultados de las investigaciones de las ciencias sociales y humanísticas, para que pueda ubicar su reflexión en lo concreto de la realidad. A juicio de Bernard Lonergan, la noción del bien humano en cuanto noción se refiere a una forma mental de búsqueda de conocimiento: la noción intenta conocer más sobre algo que no se conoce pero que se presiente. En efecto, la noción busca conocer más y motiva las preguntas que persiguen llenarse de conocimiento y así llegar a convertirse como en una categoría, llena de contenidos y determinaciones. La noción no es abstracta, sino se refiere a lo concreto en sentido integral y englobante. Ahora bien, la noción del bien humano recurrentemente impulsa el dinamismo de búsqueda para lograr mayor inteligibilidad sobre lo concreto de bondad que aparece en la existencia.¹

Sin embargo, afirmar la bondad de la realidad es problemático en nuestro contexto latinoamericano. Dudosamente hacemos afirmaciones de que algo es bueno. La prensa sufre de un sesgo que resalta el mal y la violencia. Muchas de nuestras investigaciones sociales presentan el sesgo de resaltar el problema: sus metodologías parten necesariamente de un problema o mal y luego intentan resolverlo. Así, están condicionadas por el punto de partida—el problema—y de esta manera pueden prescindir de todo lo demás, el bien existente.

Ahora bien, la noción del bien humano integral posibilita una reflexión situada e imparcial de nuestra realidad, permite la encarnación del pensamiento teológico. Se comprende dentro de lo que Lonergan llama categorías teológicas generales, que la teología comparte con las otras ciencias humanas. Mediante estas categorías, la teología puede responder a los desafíos que surgen de las situaciones concretas de la vida y puede aportar en un contexto interdisciplinar con las otras ciencias a la promoción del bien a partir de la iluminación que viene de una tradición religiosa.

Lonergan considera el bien humano como obra del ser humano y lo analiza desde la filosofía de las operaciones del sujeto. La característica del bien humano es que es fruto del desempeño del sujeto humano:

El bien es humano en la medida en que se realiza mediante la captación y la elección humanas. Sin la captación y la elección humana no existiríamos -somos hijos de nuestros padres. No tendríamos

¹ Bernard Lonergan, "The human good," in *Philosophical and Theological Papers 1965-1980*, vol. 17 in *Collected Works of Bernard Lonergan*, ed. Robert C. Croken and Robert M. Doran (Toronto: University of Toronto Press, 2004), 337.

nuestras ciudades, etc. Todo lo que conocemos de la vida humana, aparte de “el bosque primitivo, de los pinos murmurantes y las cicutas” depende de la captación y elección humanas.²

Vamos a explicitar la noción de bien humano, que proviene de la captación y elección humana, mediante el estudio de las variables básicas que lo conforman: habilidades, sentimientos, valores y creencias.

2. Habilidades³

Las habilidades son operaciones humanas que se adquieren por un proceso de aprendizaje y que pueden lograr un cierto nivel de maestría. Lonergan desarrolla la noción de habilidades de Piaget y éste considera que la adquisición de las habilidades se da por asimilación y acomodación:

La asimilación pone en juego las operaciones espontáneas, o aprendidas anteriormente, que se han empleado con éxito en objetos de alguna manera semejantes o en situaciones de alguna manera análogas. La acomodación, a través de un proceso de ensayo y error, modifica y completa gradualmente las operaciones aprendidas anteriormente.⁴

En la medida en que esta adaptación se da hacia un número mayor de objetos y situaciones, las habilidades se dan por manejo de grupos de operaciones diversas y espontáneas y por combinaciones de las diversas operaciones. Según Lonergan, Piaget define las diversas etapas de desarrollo del niño por las habilidades que manifiestan para manejar grupos de operaciones cada vez más complejas.

Lonergan distingue en las habilidades las operaciones inmediatas y las operaciones mediatas. En las operaciones inmediatas, el sujeto tiene una relación directa mediante los sentidos con el objeto operado o situación en que ocurre la operación. El sujeto ejerce sus habilidades en el ámbito del aquí y del ahora. En cambio, en las operaciones mediatas, el sujeto opera con signos y símbolos respecto del referente. Las operaciones mediatas se desempeñan en lo que se llama el mundo mediado por la significación y motivado por el valor, que es el mundo de la cultura. Por consiguiente, el ámbito de operación se extiende más allá del aquí y del ahora, a lo lejano y distante, al pasado, al futuro, a lo lejano, a lo posible y a lo fantástico. El niño cuando aprende a hablar se introduce en el mundo mediado por la significación y motivado por el valor y de esta forma sale del mundo de lo inmediato de su experiencia sensorial al mundo más vasto donde llega todo lo que ha sido tocado y abierto por la cultura del hombre.

Mediante el descubrimiento de las habilidades, se subraya la dimensión social del sujeto: las habilidades del sujeto producen bienes concretos. Los sujetos con habilidades que son compuestas por operaciones mediatas presiden el mundo mediado por la significación y motivado por el valor.

3. El dinamismo de los sentimientos⁵

Los sentimientos son una realidad compleja del hombre y tiene muchas facetas. Los sentimientos provienen originalmente del dinamismo psíquico y, cuando se entrelazan con la intencionalidad consciente y entra al ámbito intencional de lo cognitivo y existencial, se orientan hacia el valor. Los sentimientos se manifiestan en dos ámbitos de la experiencia

² Lonergan, *Filosofía de la educación* (“El Bien humano como objeto: su estructura invariante”), 67.

³ Germán Neira, *El bien humano como construcción sociocultural: Una categoría antropológica-teológica* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2012), 24-29. Bernard Lonergan, *Método en teología*, (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1988), 33-36.

⁴ Lonergan, *Método en teología*, 33.

⁵ Lonergan, *Método en teología*, 36-40. Neira, *El bien humano*, 29-34.

humana: en el ámbito psicosomático (psique) que no es intencional y en el ámbito de la intencionalidad (inteligencia y decisión). A juicio de Lonergan, los sentimientos manifiestan en cuanto acompañan, por una parte, los estados y tendencias no intencionales, tales como fatiga, mal humor, ansiedad, tendencias no intencionales de hambre y sed; y, por otra, las respuestas intencionales, que tienen como fines a objetos; responden a lo que es pretendido, aprehendido y representado. Cabe anotar que, en relación a la primera manifestación, los estados y tendencias no intencionales, los estados tienen causas y las tendencias fines. En todo caso, vamos a centrar nuestra atención en los sentimientos que pueden ser respuestas intencionales a objetos. En concreto, los sentimientos, que son respuestas intencionales, se pueden relacionar con lo agradable o desagradable, por un lado, y, con los valores auténticos, por el otro. Primero, los sentimientos pueden responder a los objetos de manera ambigua cuando los aprehende e identifica como agradables o desagradables, como lo que satisface o no satisface. En este tipo de sentimientos ambiguos, el sujeto se orienta más por el dinamismo psicosomático que por el dinamismo existencial auténtico: por falta de discernimiento sobre la verdad del valor, el sujeto cae en un dinamismo negativo de autocentramiento. Segundo, los sentimientos responden a un verdadero valor, y el sujeto puede escoger tender de manera activa hacia este valor. La respuesta al valor lleva al sujeto a la autotranscendencia: la elección que hace el sujeto de un objeto o persona valiosos le permite autotranscenderse. Dentro de la operación de decisión o deliberación, el sujeto que se deja orientar por un sentimiento que aprehende un valor auténtico, se adentra en el camino de la autotranscendencia⁶.

El grado de autotranscendencia al que nos puede llevar un sentimiento, que responde a un objeto, corresponde a la autenticidad del valor que este objeto representa. De ahí que exista una escala objetiva de preferencia de valores, que nos ayuda a especificar en qué consiste el desarrollo humano:

Los sentimientos no solamente responden a los valores, sino que lo hacen de acuerdo con una escala de preferencia. Así podemos distinguir, en un orden ascendente, valores vitales, sociales, culturales, personales y religiosos. Valores vitales, como la salud y la fuerza, la gracia y el vigor, son preferidos normalmente a evitar el trabajo, las privaciones y los dolores requeridos para adquirirlos, mantenerlos o restaurarlos. Valores sociales, como el bien del orden, que condiciona los valores vitales de la comunidad entera, tienen que ser preferidos a los valores vitales de los miembros individuales de la comunidad. Los valores culturales no existen sin el apoyo de los valores vitales y sociales, pero no por eso dejan de ser superiores a ellos. No sólo de pan vive el hombre. Por encima del simple hecho de vivir y operar, los hombres tienen que encontrar una significación y un valor en el hecho de vivir y operar. Función de la cultura es descubrir, expresar, validar, criticar, corregir, desarrollar, mejorar esa significación y ese valor. El valor personal es la persona en su auto-trascenderse, al amar y ser amada, en cuanto es fuente de valores en sí misma y en su medio, en cuanto es una inspiración e invitación a los otros para actuar de manera semejante. Finalmente los valores religiosos están en el corazón de la significación y del valor de la vida humana y del mundo del hombre⁷.

Los valores tienen un orden humano, una jerarquía de preferencias. La escala de preferencia de valores la podemos considerar desde su dinamismo ascendente. Comenzamos por los valores vitales, que son necesarios para sostener la vida. Para asegurar los valores vitales se constituye un orden social, que tiene referencia a la construcción de la convivencia y al bien común, en los cuales, se responde a los valores sociales, tales como, que todos los hombres puedan vivir sin miseria y humillación teniendo todos los bienes necesarios. Las preguntas y

⁶ Lonergan, *Método en teología*, 36-37.

⁷ Lonergan, *Método en teología*, 37-38.

respuestas, sobre el sentido de conjunto de la sociedad que construimos, corresponden a los valores culturales, que son los cimientos para que el orden social no se tambalee. La autenticidad de la cultura es garantizada por el valor personal: por la persona, que construye su vida con autenticidad, y se vuelve fuente de todos los valores. La persona, que se convierte en fuente originante de valores, encuentra su fuerza en la oración amorosa. Esto da pie para reconocer que los valores religiosos provienen del don del amor de Dios y coronan todos los demás valores y condicionan la posibilidad del correcto funcionamiento de todos los demás ámbitos inferiores.

Sin embargo, el dinamismo de autotranscendencia del sujeto hacia la autenticidad humana y religiosa en América Latina es bloqueado por los sesgos que están relacionados con la realidad social. Robert Doran considera que el hombre latinoamericano oprimido está bajo el control de los sesgos que fueron impuestos por una cultura imperante opresora⁸. Este control de los sesgos se encarna principalmente en el psiquismo. El psiquismo es el lugar en donde, de manera privilegiada, se encarnan las fuerzas opresivas, y, de las cuales, puede liberarse el hombre latinoamericano por las operaciones intencionales⁹.

El planteamiento de Doran coincide con la propuesta de Ignacio Martín Baró, quien plantea la historicidad y la encarnación social del psiquismo humano. Según Martín-Baró, el carácter individual del latinoamericano está condicionado y configurado por el régimen socio-político:

Estos cuatro componentes estructurales del carácter individual: dependencia, pasividad, individualismo y fariseísmo, constituyen la versión psíquica de la estructura ideológica social y, en definitiva, del régimen socio-político actualmente imperante en nuestros pueblos. Régimen capitalista en el que las personas son medidas en función de su rendimiento laboral cotizante, en el que el saber es propiedad de unos pocos, la división en clases es consagrada como principio natural (si no divino) y la existencia es reprimida en sus anhelos y necesidades auténticas, suplidas por las pseudonecesidades, en beneficio de los detentadores del poder¹⁰.

Martín-Baró plantea que el hombre latinoamericano muestra los rasgos caracterológicos de dependencia, pasividad, individualismo y fariseísmo. Su carácter refleja la estructura ideológica social que mantiene el régimen socio-político capitalista. La ideología social vigente aliena a los sujetos y no les permite tomar el camino de la autenticidad.

Martín-Baró, en un artículo publicado quince años después del citado anteriormente, va un paso más adelante y recoge el carácter del latinoamericano oprimido, como dependiente, pasivo, individualista y fariseo, en la sola actitud básica del fatalismo:

La comprensión fatalista de la existencia que se atribuye a amplios sectores de los pueblos latinoamericanos puede entenderse como una actitud básica, como una manera de situarse frente a la propia vida. En cuanto tal, el fatalismo pone de manifiesto una peculiar relación de sentido que establecen las personas consigo mismas y con los hechos de su existencia, y que se traducirá en comportamientos de conformismo y resignación ante cualquier circunstancia, incluso las más negativas¹¹.

⁸ Robert Doran, *La teología y las dialécticas de la historia*, trans. José Eduardo Pérez Valera (México: JUS, 1993), 41.

⁹ Doran, *La teología y las dialécticas de la historia*, 61.

¹⁰ Ignacio Martín-Baró, "Presupuestos psico-sociales del carácter," en Ignacio Martín-Baró (Ed.), *Psicología de la liberación* (Madrid: Ed. Trotta, 1998), 69-70.

¹¹ Ignacio Martín-Baró, "El latino indolente," en Ignacio Martín-Baró (Ed.), *Psicología de la liberación* (Madrid: Ed. Trotta, 1998), 76-77.

El fatalismo apunta a una vida desgraciada e inevitable, a un sujeto que está obligado a vivir una vida que otros determinan. La actitud fatalista consiste en estar determinado por la condición social en que se nace, en no poder hacer nada para evadir o cambiar su destino fatal y por un destino, en el marco de referencia religioso, asignado por Dios. Esta actitud la comparten principalmente amplios sectores de la población del continente latinoamericano que padecen la pobreza y la violencia.

4. El valor¹²

Correlativa a la noción del bien está la noción del valor, que es una noción trascendental. Las nociones trascendentales jalonan el dinamismo de la intencionalidad consciente. Promueven el sujeto desde los niveles inferiores hasta los niveles superiores de la conciencia: del plano experimental al intelectual, del intelectual al racional, del racional al existencial. El sujeto tiende a los trascendentales—a lo inteligible, a lo verdadero, a lo real; finalmente, cuando el sujeto se pregunta sobre qué hacer en el mundo, se convierte también en un tender a lo bueno, y, de esta forma, se pregunta si esto es verdaderamente bueno o sólo en apariencia, o si esto es o no valioso, si se persigue realmente un valor en lo que estoy realizando.

La noción del valor introduce al sujeto en un dinamismo de autotrascendencia que lo saca de sí mismo:

La noción de ser es un principio dinámico que nos tiene en movimiento hacia un conocimiento cada vez más pleno del ser; la noción de valor es el florecimiento del mismo principio dinámico que, ahora, nos tiene en movimiento hacia una realización, cada vez más plena, del bien, de lo que realmente vale la pena.¹³

El valor es aquello que el sujeto quiere buscar, alcanzar y realizar. Lo lleva a ir más allá de su limitación. Aparece en las preguntas para la decisión o deliberación: ¿Qué debe hacerse? ¿Vale eso la pena? ¿Esto es bueno para mí? En estas preguntas, el sujeto no conoce todavía el valor, pero está tendiendo a alcanzarlo. El valor lleva al sujeto más allá de comportamientos que generan frustración, de consciencias intranquilas y de desencantos hacia la generación de buenos propósitos y la búsqueda de una bondad que sea totalmente inaccesible al poder de su crítica: el encuentro con Dios.¹⁴

La noción trascendental del valor se concreta en un juicio de valor dentro un proceso discernimiento. Los juicios de valor pueden ser simples o comparativos. Afirman o niegan que Y es verdaderamente buena o solamente en apariencia. Los juicios de valor también comparan diferentes realidades desde un criterio moral para afirmar o negar si algo es mejor, más valioso o más urgente que otra cosa. Después del juicio de valor de que esto es verdaderamente bueno y valioso, solamente queda la acción y la puesta en práctica de ese valor.

Si comparamos los juicios de hecho con los juicios de valor, encontramos que son distintos en el contenido pero semejantes en estructura. Mientras en los juicios de hecho se estima algo como real, en los juicios de valor se afirma algo que es verdaderamente bueno. Ahora bien, los juicios de hecho y los juicios de valor son semejantes en su estructura, en cuanto que en ambos se da la distinción entre criterios y significación. Ambos tienen como criterio la autotrascendencia del sujeto, de donde proviene la objetividad: la objetividad es fruto de la auténtica subjetividad, de la subjetividad de la persona que es atenta, inteligente,

¹² Lonergan, *Método en teología*, 40-46. Neira, *El bien humano*, 34-46.

¹³ Bernard Lonergan, "The Subject," in *A Second Collection*, ed. by William F.J. Ryan and Bernard J. Tyrrell (Toronto: University of Toronto Press 1996), 82. Traducción de Germán Neira, S.J.

¹⁴ Lonergan, *Método en teología*, 42.

razonable y responsable. Mientras la autotranscendencia en el juicio de hecho es puramente cognoscitiva, en el juicio de valor es moral. En ambos casos, la significación pretende ser independiente del sujeto mismo. Los juicios de hecho pretenden enunciar lo que es o no es; los juicios de valor pretenden enunciar lo que es verdaderamente bueno o realmente mejor.

Lonergan propone una secuencia operativa desde el juicio de hecho hasta el juicio de valor que permite el paso de la autotranscendencia cognitiva a la autotranscendencia moral. Se da un proceso operativo en cuatro momentos: los juicios de hecho, las aprehensiones de valor, los juicios de valor y la realización del valor. Las aprehensiones de valor en los sentimientos ocurren en un lugar intermedio entre los juicios sobre los hechos y los juicios de valor, por tanto hay que recorrer un camino entre la aprehensión de un valor que llegar hasta el juicio responsable de valor, que precede a la opción. Lonergan presenta un ejemplo de aprehensión de valor con una ilustración del libro *Towards Deep Subjectivity*, donde dos ciudadanos de un pueblo ocupado les dirigen miradas expresivas a los soldados del ejército ocupante expresándoles su rechazo. Estas miradas expresivas se pueden considerar como la comunicación de un sentimiento ético, que, a su vez, es muy parecida a la aprehensión de valor en los sentimientos.

Los juicios de valor tienen sus presupuestos: el conocimiento de la realidad y especialmente los hechos y sus posibilidades de cambio; el desarrollo del sentimiento moral, en cuanto o los sentimientos están pulidos y educados para responder a valores, y el descubrimiento por parte de la persona de ser un sujeto capaz de conocimiento y acción moral.

El hecho de que haya desarrollo y que pueda darse un fracaso implica que los juicios de valor se dan en diversos contextos. El contexto de desarrollo ocurre cuando el conocimiento de la vida, el desarrollo de los sentimientos morales y el descubrimiento existencial del sujeto crecen en extensión, precisión y refinamiento, y donde el sujeto pasa de respuestas agradables o desagradables a respuestas acordes a los valores, de tal manera que va avanzando de valores vitales a sociales, de sociales a culturales, de culturales a personales, de personales a religiosos.

Ahora bien, la autotranscendencia plena se logra respondiendo a los valores religiosos. En tanto la autotranscendencia apunta al desarrollo humano, el compromiso con los valores religiosos representa la cumbre del desarrollo humano. Cuando se está en el estado supremo de desarrollo de estar enamorado de Dios y se actúa en conformidad con los valores religiosos, cualquier cosa que amemos es un valor y cualquier cosa que odiamos, un mal, de tal manera que, en palabras de San Agustín, quien ama a Dios puede hacer lo que le place.

Pero también se da el contexto del fracaso. Existen las desviaciones ocasionadas por los vacíos causados por la neurosis. También la persona se puede instalar en su zona de comodidad y evita el riesgo a explorar nuevas posibilidades prometedoras. Se puede equivocadamente calmar una conciencia intranquila ignorando, minimizando, relativizando, negando o rechazando los valores superiores. Con esta deformación de la escala de valores, se puede llegar a odiar lo que verdaderamente es bueno y amar lo que realmente es malo. Todo este proceso de desintegración humana puede llevar al extremo de la inmoralidad no sólo de los individuos y sino también de los grupos, naciones e incluso de todo el género humano.

5. Creencias¹⁵

Las creencias no son solamente de lo religioso, sino que incluye todo el conocimiento que proviene del mundo social. En efecto, el conocimiento generado directamente por nuestra propia investigación es una pequeña fracción de lo que es nuestro conocimiento del mundo. Las creencias abarcan nuestra herencia social, cultural y religiosa:

Apropiarse de la herencia social, cultural y religiosa de uno mismo es, en gran parte, un asunto que implica la creencia. Ciertamente hay muchas cosas que uno descubre por sí mismo, y que conoce simplemente en virtud de la propia experiencia interna y externa, de las propias intelecciones y de los propios juicios de hecho y de valor. Pero este género de conocimiento que el individuo adquiere por sí mismo no es más que una pequeña fracción de lo que cualquier hombre civilizado cree conocer. Su experiencia inmediata está colmada con un enorme contexto constituido por las relaciones de la experiencia de otros hombres en otros lugares y tiempos. Su comprensión se apoya, no solamente en su propia experiencia, sino también en la experiencia de los otros.¹⁶

Consideramos como creencias la acumulación de experiencia y conocimiento generados por otras personas en otros lugares y tiempos que sirven de insumo al sujeto para vivir su propia existencia. Comúnmente se ha distinguido entre ciencia y creencias; sin embargo, en la comunidad de científicos, las creencias que provienen de la investigación y de la experimentación son las que constituyen el conocimiento científico actual.

Es razonable confiar en las creencias porque la otra alternativa consistiría en volver a confiar solamente en las tradiciones propias a semejanza de las tribus primitivas. Si no se confía en las creencias, no tendríamos la acumulación de conocimiento de generación en generación. Más bien, el camino apropiado para el sujeto es asumir las creencias teniendo la sana precaución de verificar la credibilidad de los testigos y de las fuentes. La manera de proceder cuando se yerra en una creencia es iniciar una investigación para rectificar los datos: se inicia desde las creencias equivocadas hasta llegar a su origen en los creyentes equivocados con el fin de encontrar la fuente del error y hacer las correcciones apropiadas.¹⁷

6. Conclusión

La noción del bien humano integral se ofrece como una categoría teológica general que permite a la teología desempeñarse en el contexto interdisciplinar. Las variables que componen el bien humano y que sirven como tipos ideales para describir y explicar la realidad, son a saber: las habilidades, los sentimientos, el valor y las creencias. Los sujetos producen bienes concretos en el mundo mediado por la significación a través de las habilidades. Los sentimientos provenientes del psiquismo, cuando entran al ámbito intencional de lo cognitivo y existencial, se orientan hacia el valor, según la escala preferencial. El sujeto que es fiel a los sentimientos intencionales que responden a valores auténticos logra la autotranscendencia. Sin embargo, muchos en América Latina no logran la autotranscendencia y se vuelven fatalistas por estar bajo el control de los sesgos provenientes de culturas alienantes. Ahora bien, la noción del valor impulsa al sujeto en un dinamismo de autotranscendencia. La noción del valor se concreta en un juicio de valor, que se da en una secuencia operativa de aprehensión del valor, juicio del valor y decisión. El juicio de valor puede estar condicionado por el contexto de desarrollo o de fracaso en que se realiza. Finalmente, las creencias abarcan todo la herencia social, cultural y religiosa. Aunque el sujeto debe buscar fundamentar siempre su conocimiento, las creencias se vuelven una fuente legítima de conocimiento si se asumen con sentido crítico.

¹⁵ Lonergan, *Método en teología*, 46-52. Neira, *El bien humano*, 46-52.

¹⁶ Lonergan, *Método en teología*, 46-47.

¹⁷ Lonergan, "The human good," 342.